UN POEMA ESTÁ FORMADO POR VERSOS.

"El *verso* es la unidad; el *POEMA*, el universo" *Octavio Paz*

"El *verso* es la partícula esencial, *POEMA*, la totalidad orgánica" José Luis Borges

"El *verso* es la palabra en el tiempo; el *POEMA*, el tiempo en la palabra" Antonio Machado

"El *verso* es una línea o unidad métrica *dentro de un POEMA.* *Es como un "ladrillo" que forma parte de una CONSTRUCCIÓN MAYOR".* José Martí

*"El **POEMA** es la* **obra completa**, *compuesta por **versos**; es decir, el conjunto organizado de **versos** con un sentido artístico.* Real Academia de la Lengua

LA PRINCESA Y LOS 7 SOLDADOS

(**Parodia** de Blancanieves y los 7 enanitos)
9º-12º

Púsose en camino el rey,
besando, como era ley,
a su dulce y fiel mujer,
que, desde el amanecer
a la gris anochecida,
le esperaba entristecida
mirando por la ventana
a la cañada lejana.

¿Por qué el rey no aparecía?

La reina sólo veía
la ventisca desmandada
y la copiosa nevada
que envolvía aquel manto blanco
los sembrados y el barranco.

Nueve meses, sin consuelo,
lo pasó sumida en duelo,
y al llegar la Nochebuena,
poco después de la cena,
dio a luz una hermosa cría.

Por fin, al llegar el día,
volvió a palacio el marido,
tan ansiado y tan querido.

La reina miró a su esposo
y al verlo entrar presuroso
y con un suspiro profundo,
voló lejos de este mundo,
que en su pecho no cabía
tanto gozo y alegría.

Largo y hondo fue el dolor,
pero el hombre es pecador,
y al año de su viudez,
se casó el rey otra vez.
Verdad es que su elegida
para reina era nacida:
alta, blanca, diligente,
bella como el sol naciente,
pero soberbia, orgullosa,
antojadiza y muy celosa.

Era de su dote parte
un espejo con un arte
prodigioso y singular:
el de saber conversar.

La reina, a solas con él,
perdía toda su hiel,
y contenta y retozona,
preguntaba coquetona:

"Di, espejito, la verdad
con toda sinceridad:
¿Hay en la tierra anchurosa
otra mujer tan hermosa?"

El espejo respondía:
"No la hay, señora mía:

¿Quién se puede comparar
con tu belleza sin par?"

Y orgullosa, en el espejo,
contemplaba su reflejo.

La princesita, entretanto,
crecía que era un encanto.
Tan blanca como la nieve,
cejinegra, esbelta, leve,
preciosa como una flor,
todo bondad y candor.

La vio el príncipe Eliseo
y, perdido de deseo,
envió a pedir su mano.
Accedió el rey soberano,
y en un gesto de largueza,
dio buen dote a la princesa:
siete villas comerciales
con cien casas señoriales.

La reina se acicalaba
y al espejo preguntaba,
contemplándose engreída:

"Contesta, pero en seguida:
¿Hay en la tierra anchurosa
otra mujer tan hermosa?"

Dijo el espejo aquel día:

"Sí la hay, señora mía.
La princesita es más bella.
¡No te compares con ella!"

Dio la reina un paso atrás,
levantó la mano y... ¡zas!,
golpeó el cristal con ira,
vociferando: *"¡¡Mentira!!*
¿Quieres, vidrio repugnante,
ponerme de mal talante?
¿Compararla a ella conmigo?
¡Estás loco, yo te digo!
A esa niña presumida
jugaré buena partida."

"Es bonita, no lo niego,
y su blancura no es pego:
su madre, estando prendida,
no apartaba la mirada
de la nieve del camino,
blanca como lienzo fino.
Pero dime, ¿tú no ves
que aún más blanca es mi tez?
En el mundo, has de saber,
como yo, no hay más mujer."

El espejo le responde:

"Una hay mejor, y sé dónde.
La princesita es más bella.
¡No te compares con ella!"

La reina, tanto violenta,
dio una rosa a la sirvienta,
y, echando al suelo el espejo,
le ordenó, frunciendo el ceño,
que llevara a la princesa
a una selva muy espesa
y la atara viva a un tronco,
a merced del fiero lobo.

Viendo a la reina enojada,
sonríe el criado y,
llamando a la princesa,
la llevó a una selva espesa;
a tan lejano lugar,
que la niña intuyó el mal
y, con un susto de muerte,
le suplicó de esta suerte:

"¿Qué culpa grave es la mía?
Por Dios, no seas tan impía.
No me mates, te lo imploro,
que te cubriré de oro
cuando reina llegue a ser."

La criada —¿qué iba a hacer?—
en el fondo la quería
y, con sincera alegría,
por no tener que matarla,
le dijo dulce, al soltarla:

"Princesita, Dios te guarde."

Luego, como ya era tarde,
regresó a casa en un vuelo.

"¿Dónde está?", con voz de hielo,
la reina le preguntó.

La sirvienta respondió:
"La dejé amarrada a un tronco.
Si no la alcanza el fiero lobo,
privada de movimiento,
será corto el sufrimiento."

Todo el pueblo murmuraba
que la princesa faltaba.
El rey sufría, angustiado.
Eliseo, acongojado,
tras de rezar con fervor,
salió en busca de su amor,
de la joven princesita,
tan cariñosa y bonita.

Mientras tanto, la princesa
encontró en la selva espesa,
al nacer el nuevo día,
una linda casería.

Un perro salió de dentro,
le ladró, corrió a su encuentro
y, brincando y juguetón,
la acompañó hacia el portón.
En el patio, muy espacioso,
todo estaba silencioso.

Dejando atrás la escalera,
la princesita, ligera,
de la manija tiró.
La puerta al punto se abrió,
ofreciendo a su mirada
una pieza muy aseada,
con tapices en los bancos,
horno de azulejos blancos,
y una gran mesa ovalada
bajo una imagen sagrada.

A las claras se veía
que allí en la casa vivía
gente de bien, muy cabal,
que a nadie le haría mal.

Pero no se ve ni un alma,
y la princesa, con calma,
le quitó el polvo al lugar,
después encendió el hogar,
tras el horno se tendió
y dormida se quedó.

Por filo del mediodía,
con alegre algarabía,
llegó al trote un pelotón.
Siete entraron al portón,
y el soldado principal
exclamó desde el umbral:

"¡No comprendo lo que pasa!
¿Quién ha entrado en nuestra casa?"

"¿Quién recibirnos quería
dándonos tanta alegría?
Salga pronto, sin temor,
y cuente con nuestro amor!

Si los cincuenta rebasa,
será el padre de esta casa.

Si es un mozo fuerte y sano,
le llamaremos hermano.
Si una anciana madre sea,
de toda será la reina.
Si una mocita galana,
la querremos como hermana."

Sale la niña, enseguida,
saluda muy comedida
y pide a todos perdón
porque sin invitación
en la casería ha entrado.

Por su lenguaje cuidado,
notan que es una princesa;
la sientan presto en la mesa
y en un hermoso platel
le presentan un pastel
del que arranca un pedacito.

Renuncia al vino exquisito,
servido en copa colmada,
y, sintiéndose cansada,
dice que quiere dormir,
si se puede permitir.

La llevan sin dilación
a una hermosa habitación,
y al retirarse los dueños,
ya está ella viendo sueños.

Corre el tiempo con presteza
y nuestra joven princesa
vive tranquila y dichosa
en la selva peligrosa.
Los hermanos, cada día,
en alegre algarabía,
salen al alba a cazar,
se ejercitan en la guerra,
haciendo caer a la tierra
a enemigo paladín
o dándole igual un fin
dejándole sin cabeza
con gran valor y destreza.

Mientras todo eso discurre,
la princesa no se aburre:
ella gobierna el hogar;
lava, plancha, ha de guisar...
Procura agradar a todos.
La tratan de buenos modos,
y los días van pasando,
ya al galope, ya volando.

Prendados por la dulzura,
de aquella tierna criatura,
un día, los siete hermanos,
muy finos y cortesanos,
entraron con turbación
en su pulcra habitación.

Comenzó el mayor: *"Galana,*
eres de todos hermana.
Somos siete, ya lo ves,
te queremos a la vez,
pero tú no puedes ser
de los siete la mujer.
Elige, que el elegido
será para ti marido.
Y los demás, como antes,
serán hermanos flamantes".

"¿Por qué meneas la cabeza?
¿Crees que para tu realeza
no valemos lo bastante?
Pues di que no, ¡y adelante!"

"¡Ay, mis hermanos queridos!
¡Ay, soldados aguerridos!"
—dice ella compungida—

"Que Dios me quite la vida
si es que miento un tanto así.
Mi corazón he entregado
a mi novio bienamado.

Todos sois bellos, cabales,
para mí los siete iguales,
y os profeso el mismo amor,

pero es otro mi señor.
En mis sueños sólo veo
al buen príncipe Eliseo."

Los hermanos, con tristeza,
se rascaron la cabeza.

Se inclinó y dijo el mayor:

"Perdónanos, por favor.
Ahora que lo sabemos,
nunca de esto te hablaremos."

Ella musitó, turbada:
"No me ofendisteis en nada
ni quise ofenderos yo
al contestar con mi 'no'."

Los hermanos se inclinaron;
al punto se retiraron;
y de nuevo la armonía
se instauró en la casería.

Al pensar en la princesa,
la reina, de furia presa,
se hacía vinagre y hiel,
y a su espejito tan fiel
maldecía enfurruñada,
hasta que un día, ablandada,
fue y le dijo, muy cordial,
mirándose en el cristal:

"Buenos días, mi espejito.
Di la verdad, amiguito.
¿Hay en la tierra anchurosa
otra mujer tan hermosa?"

Respondió presto el cristal:
"No me lo tomes a mal,
pero con siete adalides,
curtidos en duras lides,
vive en quieta casería
quien te gana en galanía."

La reina, muy muy violenta,
vociferó a su sirvienta:
"¡Me engañaste y de qué modo!"

La otra confesó todo.
La reina, desesperada,
resolvió: *"¡O todo o nada!"*

Y juró que moriría
si la princesa vivía.

La princesa, una mañana,
hilaba frente a ventana,
cuando el perro ladró fiero.

La niña vio en el sendero
a una mendiga enlutada
que, blandiendo su cayada,
mantenía a raya al fiel chucho.
La niña se asustó mucho
y gritó: *"¡Abuela, espera,*
sujeta muy bien la fiera,
y te saco de comer!"
Dijo la vieja: *"¡Hay que ver*
cómo se tira el maldito!
Sí, niña, por Dios bendito,
que, si no, este perrazo
me va a sacar un pedazo!"

Tomó la niña una hogaza,
salió luego a la terraza
y al patio bajó ligera,
pero el perro, hecho una fiera,
ladrando la detenía
y a la vieja acometía
en cuanto movía un pie.

"El pobrecito, se ve,
que no ha dormido muy bien,"
—comentó la niña— *"¡ten!"*

El pan atrapó la anciana.
"¡Dios te lo pague, galana!"
—dijo luego a la princesa,
y agregó, sonriendo aviesa:
"Ahí va eso, corazón,
como pago a tu atención!"

Una poma envenenada,
fresca, jugosa, lozana,
hacia la niña voló.
Gimiendo, el perro saltó...
Pero la niña, ligera,
le tomó la delantera.
"Cuando estés aburridita,
te comes la manzanita."

"Mil gracias por la comida.
¡Que Dios te guarde la vida!"

La anciana, diciendo esto,
desapareció muy presto...

Corre el can tras la princesa,
Aúlla, de angustia presa,
y mira fijo su cara
como si un mal ocultara,
como si ansioso dijera:
"¡Echa eso, Zalamera!"
Ella le acaricia el pelo.
"¡Anda, tiéndete en el suelo!
No entiendo lo que te pasa."

Luego se mete en la casa,
tranquila, se pone a hilar
y, acortando su esperar,
sentadita a la ventana,
mira la fresca manzana,
tan jugosa y perfumada,
tan madura, tan dorada,
como si encerrara miel
bajo el cristal de su piel
las semillas puede ver...

Hasta hora de comer
quiere la niña esperar,
pero no puede aguantar
y a su boquita de grana
lleva presta la manzana,
la muerde con gran cuidado,
se traga luego el bocado.

¡Pobrecita! Sin aliento
se tambalea en su asiento,
pone los ojos en blanco
y se abate sobre el banco.
La manzana al suelo rueda,
y ella, inmóvil, muerta queda.

Mientras tanto, los hermanos
ya regresaban muy ufanos
de atrevida correría
y al ver que el perro salía,
aullando triste a su encuentro,
y otra vez entraba dentro,
dijeron: *"¡Mala señal!"*

Siguieron al animal,
se echó sobre la manzana,
la mordió con furia insana
y cayó al instante muerto.
"¡Veneno! ¡Nada más cierto!"

Se inclinaron los hermanos
y, temblorosas las manos,
lacerado el corazón,
rezaron santa oración
por la niña envenenada.
Luego, la vista empañada,
la vistieron con premura
para darle sepultura.

Mas la vieron tan lozana,
tan serena y tan galana,
que parecía dormir,
y al tener que decidir,
resolvieron esperar:
¡aún podía despertar!

Más del sueño no salía,
y por fin, al tercer día,
—fue muy triste el ritual—,
en féretro de cristal
el cuerpo depositaron
y los siete lo llevaron,
la noche ya muy avanzada,
a una montaña horadada.

Rezando a Dios en voz baja,
allí fijaron la caja,
y una verja en torno alzaron.
Después, todos se inclinaron
ante su hermanita muerta.
"Voluntad malvada y tuerta"
—dijo el hermano mayor—
"ha apagado el resplandor
de tu hermosa y dulce faz.
Descansa, querida, en paz
y que llegue tu alma al cielo,
de los siete fuiste anhelo;
mas, honrando tu elección,
te guardamos con unción
para tu noble elegido.
Pero la suerte ha querido
que sólo la sepultura
goce ya de tu hermosura."

La reina, aquel mismo día,
presintiendo una alegría,
con su espejo se encerró
y luego le preguntó:

¿"Hay en la Tierra anchurosa,
otra mujer tan hermosa?"

El espejo respondió:
"No la hay, señora, no.
¿Quién se puede comparar
con tu belleza sin par?"

Eliseo, mientras tanto,
anegado en triste llanto,
galopaba con empeño
buscando en vano su sueño.

Sus preguntas, a lo pronto,
parecían las de un tonto;
unos soltaban la risa;
otros fingían para prisa...

Al hermoso Sol, por fin,
se dirigió el paladín:

"Oh, Sol, que todo lo ves,
todo el año, mes por mes,
y primavera e invierno
juntas con tu paso eterno.
¿No has visto, en tu caminar,
a una princesa sin par?
"Soy su novio" Dijo al astro:
"No he visto siquiera el rastro".

"Es muy posible, galán,
que sea baladí tu afán
y duerma ya en tumba fría
tu contento y alegría,
pero pregunta a la Luna,
quizás ella, por fortuna,
de la niña dé razón
y calme tu corazón."

Eliseo, en su amargura,
esperó la noche oscura,
y apenas la Luna clara
mostrando en cielo su cara,
dijo con voz suplicante:
"Luna, Luna, amiga amante,
barquito de oro y cristal,
ponle remedio a mi mal.
Tú, desde el cielo profundo,
donas luz a todo el mundo
y ves bosques y senderos
rodeados de luceros.

Dime, Luna, te lo imploro,
¿no has visto tú a mi tesoro?"

La Luna al punto responde:
"No la he visto. No sé dónde
tu princesa puede estar.
No es continuo mi velar;
quizás pasara corriendo
cuando yo estaba durmiendo."

Suspiró el galán: *"¡Qué pena!"*

Dijo la Luna serena:
"Puede que su paradero
sepa el viento voladero.
Ve a buscarlo sin demora.
¡Apúrate en buen hora!"

Sin tomar siquiera aliento,
Eliseo ya busca al viento
y grita muy clamoroso:
"Viento, viento poderoso,
tú con fuerza colosal
las nubes haces volar,
tú encrespas el fresco mar,
y, de no ser al Señor,
a nadie tienes temor.
Contéstame, te lo imploro,
¿no has visto tú a mi tesoro?"

"Espera" —responde el viento—.
"Tras un río calmado y lento,
una montaña se eleva,
y en ella se abre una cueva.
En su negror fantasmal,
una caja de cristal
con cadenas repujadas
cuelga de piedras labradas.
El paraje es triste y muerto,
un verdadero desierto
sin huellas alrededor.
Yace en la caja tu amor."

El Viento sigue volando
y Eliseo, sollozando,
con el corazón partido,
corre al paraje perdido
para ver por vez postrera
a su flor de primavera.

Pronto en tierra despoblada
ve una montaña empinada
y en la montaña, un boquete.
Presto en la cueva se mete
y en su negror fantasmal
ve en ataúd de cristal
a la niña, lirio tierno,
sumida en un sueño eterno.

Sobre el féretro, el amado
se desploma, desmayado.
Salta el cristal. La princesa
resucita y, con sorpresa,
contemplando a su elegido,
suspira: *"¡Cuánto he dormido!"*

Baja de la caja al suelo...
"¡Cómo lloran!, ¡santo cielo!"

Llenos los dos de alegría,
salen a la luz del día
para emprender el regreso,
charlando entre beso y beso.

La gente por doquier grita:
"¡Viva está la princesita!"

Estaba en aquel momento
matando el aburrimiento,
la madrastra ante el espejo
y con melindroso dejo
le decía con su risa:
"Contesta, pero de prisa.
¿Hay en la Tierra anchurosa
otra mujer tan hermosa?"

Dio el espejo esta respuesta:
"Eres hermosa y dispuesta,
pero tu hijastra es más bella.
¡No te compares con ella!"

La reina, al oír tal cosa,
salió luego presurosa
y vio, de amargura presa,
que llegaba la princesa.
Fue tan grande su pesar
que no tardó en expirar.

La princesa y Eliseo
dieron cima a su deseo
y se casaron por fin.

¡Nunca antes un festín
había sido tan hermoso:
la princesa son su esposo,
todo el mundo con postín
celebrando y dando … el FIN!

Aportación de Juanjo Contreras